

LAS MURALLAS DE SEPULVEDA

Sobre la testa arrogante de la villa segoviana descansa la corona de sus murallas, ora maltrechas, ora derruidas entre los bucles de los peñascos, pregonando con sus elocuentes, románticas y legendarias estrofas su acontecer secular, su pompa y esplendor pretéritos, sus gloriosos fueros, monumento jurídico, ahora editados bajo el patrocinio de la Diputación segoviana.

Siete puertas se abrían en su recinto murado—como en la milenaria Tebas—, siendo origen de su nombre romano de *Sep-tempública*.

Arrancaban del castillo, fortaleza inexpugnable que señoreaba el cerro cimero, hosco y dominador, castro romano, alcázar árabe y fortaleza actual, erigida por el conde Fernán González, constituida por cuatro cuerpos: el muro, las escarpas, la fortaleza y la mansión; colosal masa bélica, de la cual no queda sino un sólido torreón, rematado por grácil campanil, bajo el cual en cuerpo postizo situóse el reloj, en el cual campea un escudo. Siendo nota curiosa la pervivencia de la tradición «queda», consistente en treinta y tres tañidos nocturnos, anunciando el retorno de sus moradores al recinto para proceder al cierre de sus puertas.

Estas se denominan: de la Villa, del Río, Duruelo, Sopenña o el Castro, de la Fuerza, el Azogue y el Tormo o Postiguillo. Son puertas recias y severas, de áureos sillares y grandes arcos adovelados, abiertos a las poéticas riberas del Caslilla y Duratón, atalayando lastras y peñascos cerrados por el violáceo broche de la sierra.

La puerta de la Villa (hace poco derruida y cuya reconstrucción ha sido decretada), sobre la que descansaba una vivienda que ponía una nota meridional, fresca y lozana, por la profusión de flores que adornaban su balcón y ventanas, recayentes en la plaza del Trigo; la del Río, en el barrio de San Esteban, en cuya arcada una viva flor poética abre sus pétalos místicos, encarnada en una humilde y dulce Virgen llamada de las «Pucherrillas»—por las que la orlan—, derrama sus bendiciones a los laboriosos hortelanos de la ribera, desde una hornacina de la descarnada muralla; la puerta de Sopenña o el Castro, junto al río, aun conserva la robustez y sólidas características primitivas en su arco, encuadrado entre dos gemelos cuerpos de piedra y argamasa, cebándose la ruina a lo largo de la muralla que la enlazaba a la puerta de Duruelo, en la ladera de «Guerrilla», de la cual sólo proclaman su emplazamiento unos grises sillares, cimientando sobre la desaparecida puerta, todas en la ribera del